

ESCRIBIR HISTORIA COMPARATIVA EN NORTEAMÉRICA: LAWRENCE DOUGLAS TAYLOR HANSEN, ESPECIALISTA EN LAS FRONTERAS

Víctor Manuel Gruel Sáñez

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Autónoma de Baja California

N

acido el 9 de noviembre de 1950 en Winnipeg, provincia canadiense de Manitoba, el Dr. Lawrence Douglas Taylor Hansen es un ejemplo prototípico del historiador de América del Norte, en el sentido de que su particularidad estriba en poseer experiencia y conocimiento profundo de Canadá, Estados Unidos y México mucho antes de que esto se pusiera de moda, tras la firma del Tratado de Libre Comercio en 1994 o del reciente T-MEC de 2020. A 20 años de la publicación de su último libro, *El nuevo norteamericano* (2001), decidimos entrevistarle con tal de conocer la historia de vida de un hombre de gran modestia y enorme curiosidad intelectual que cultiva apasionadamente, sobre todo, el conocimiento histórico. Normal que el género en el que es más prolífico en calidad de profesor e investigador de El Colegio de la Frontera Norte, desde 1991, sea el artículo de investigación. Por ello, al final de la transcripción de la entrevista se encontrará una lista de los que a juzgar por el entrevistado son sus mejores *papers*. O al menos, los cinco de su predilección.

En esta entrevista buscamos deliberadamente el tono anecdótico y cotidiano, con miras a conocer al historiador de carne

y hueso que lleva poco más de 30 años escribiendo historia académica de alto nivel sobre Baja California y del noroeste mexicano. *Off the record* le preguntamos si consideraba un historiador regional y respondió que no, pues él se dedica a la historia comparativa. ¿Qué significa esto último para el Dr. Lawrence Taylor? En el siguiente recuento de su formación profesional encontraremos las claves detrás de ello. A unos meses de cumplir 18 años y en plena Guerra de Vietnam, nuestro entrevistado comenzó sus estudios históricos universitarios en septiembre de 1968 y, describiendo su contexto familiar e inmediato mencionó que entonces era “bastante conservador”, pero que ahora se considera anarquista. Más allá de “no votar en ningún lado”, es anarquista pues derivó actitudes con respecto a la organización de los Estados Nacionales al haberse inscrito en cursos de ciencia política, al igual que de historia, en la Universidad Estatal de Manitoba, donde la filosofía política y las relaciones internacionales eran *grassroots* [cotidianas]. Así, en Winnipeg adquirió dos grados de maestría: uno, desde luego, en historia y, el otro, en biblioteconomía. Las consecuencias de tales elecciones vocacionales serán expuestas ampliamente a lo largo de la transcripción.

Por último, a nuestro entender hay dos grandes corrientes que definen la práctica y el pensamiento (“la idea”) anarquista: una corriente que privilegia la acción directa contra el Estado y otra que, sin negar esa otra realidad social y contractual, enfatizaría realidades distintas a la política antiestatal como el apoyo mutuo entre individuos. En nuestra opinión, el Dr. Lawrence Taylor pareciera identificarse con esa segunda corriente, pues su amabilidad al disponer de su cubículo para contarnos de su vida y obra, revela cómo adquirió el oficio de la historia gracias al apoyo que recibió y que, en reciprocidad, ofrece a colegas, estudiantes y, sobretodo, a nosotros lectores de su obra. Dicho esto, al leer la entrevista podrá entenderse cómo y de dónde proviene su generosidad. En alguna ocasión

escribió a propósito de la integridad continental que para él ha sido más que evidente desde su mirada geopolítica e historiográfica, “los pueblos de América del Norte todavía no han ajustado sus distintas perspectivas nacionales a una nueva visión del continente como una entidad que funciona como tal”.¹

ENTREVISTA

Lawrence Taylor (LT): Escribí mi primer libro a los 14 años, más o menos. Era una novela. Algo bastante común pues la gente suele escribir cuando tiene tiempo libre. Mi libro era, más bien, una compilación de diferentes temáticas, de todo un poco. Las únicas personas que lo leyeron fueron el novio de mi hermana y ella quizás un poco. Nadie más leyó ese libro. No era exactamente literatura, aunque en la universidad empecé con una fuerte base de estudios literarios. Me gustaba la literatura, de hecho, pensé en dirigirme hacia esos cursos universitarios, pero abandoné esa idea porque ahí [en la Universidad Estatal de Winnipeg] se requería hacer otro tipo de estudios, tipo crítica literaria, un poco como lo que hace aquí [en El Colegio de la Frontera Norte,] el Dr. Humberto Félix Berumen.

VG: ¿Y usted quería estudiar la realidad?

LT: Exacto, la realidad de las cosas. La historia siempre me llamó la atención, y estaba bien, saqué el premio en la secundaria de historia, que significa que saqué el promedio más alto en la materia. En la preparatoria no, porque no me presenté al examen, me enfermé y otra persona lo ganó [risas]. Pero desde entonces ha sido mi materia más fuerte, se podría decir.

¹ Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, *El nuevo norteamericano: integración continental, cultura e identidad nacional* (México: Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de la Frontera Norte, 2001), 30. Véase también un libro que discutía de modo simultáneo a nuestro entrevistado, sobre los efectos históricos que comenzaba a cobrar el Tratado de Libre Comercio, en Mauricio TENORIO TRILLO, *De cómo ignorar* (México: Centro de Investigación y Docencia Económica y Fondo de Cultura Económica, 2000).

VG: ¿Y a usted siempre le gustaron los libros?

LT: Sí, es imprescindible y siempre he hecho hincapié en la formación de un historiador, hay que tener gusto por los libros, por la lectura, y sí, también una gran parte de la formación es fuera de la clase. Bueno hay una disciplina en la historia y siempre está bien tener buenos instructores, buenos profesores y buenos consejos. Recuerdo que cuando estaba en la maestría no teníamos este tipo de formación. Bueno, sí algunas pautas, guías como en la UABC de cómo preparar bibliografías, pero fuera de ello no había una explicación de cómo hacer un buen trabajo. Solamente querían que cumplieras. Cómo salía [el trabajo escolar], salía. Las cosas se hacían de prisa para poder entregar un trabajo al final del semestre.

VG: ¿La maestría también la cursó en Winnipeg?

LT: Sí, en la misma institución. En la Universidad Estatal de Manitoba.

VG: ¿Y recibió algún tipo de subvención, beca o *fellowship*?

LT: No, nada de eso. La diferencia es que en Estados Unidos es carísimo estudiar, no sé cómo lo hacen, parece que tienen tres categorías, una es la colegiatura dentro del Estado, otra dentro del país y, por último, fuera del país. Suelen cobrar más a los que vienen fuera del Estado. Debe ser común qué si te mueves de California a New York pagarás más de inscripción.

VG: ¿Y en Canadá no existe ese modelo?

LT: No, es lo mismo para todo el mundo. Bueno, para los que vienen de otros países no estoy muy seguro. Pero sí es más barato estudiar. Recuerdo haberle dicho a mi esposa acerca de cuando entré a estudiar la maestría en biblioteconomía, pagaba alrededor de 500 dólares de inscripción al año. Nunca tuve planes de hacer un doctorado en Estados Unidos. Y nunca lo hice, pues para tendría que haber tenido una beca y nunca tuve beca hasta el doctorado en El Colegio de México. En Canadá me tocó conocer a estudiantes de Estados Unidos inscritos en instituciones canadienses por ser más baratas.

VG: ¿Había en la Universidad Estatal de Manitoba algún posgrado en estudios latinoamericanos?

LT: No había estudios latinoamericanos estrictamente hablando. No había como en la Universidad de Texas en Austin, o en la de Columbia en Nueva York, u otras universidades. Un profesor que me dio clases era el único que impartía clases de historia de América Latina. Tenía cierto prestigio, era conocido. Venía de Carolina del Norte y me parece que ahí concluyó sus estudios doctorales. En alguna ocasión supo que solicitaban profesores en Manitoba y así llegó a Canadá. Probablemente también dio asignaturas históricas de Estados Unidos pero comenzó a dar clases de América Latina. Cuando llegó no sabía realmente dónde estaba Winnipeg y rápidamente le gustó el ambiente y todo. Era joven, tendría 28 años y terminó casándose con la secretaria del departamento. Mantuve lazos con él hasta los años 2000.

VG: ¿Y hablaba español?

LT: Sí. Había dos profesores de la época de la guerra de independencia en México, uno de los cuales era Brian Hamnett y [el otro] Timothy Anna, eran los dos especialistas de la independencia.

VG: Timothy Anna estaba relacionado con el tipo de investigación de El Colegio de México, ¿él fue quien le recomendó estudiar ahí?

LT: Sí, me apoyó en eso. Me dijo: “es buena institución”. Yo realmente no sabía mucho de El Colegio de México. Conocía a varios [egresados e historiadores] que trabajaban en el Archivo General de la Nación (AGN): Dr. Alejandra Moreno Toscano y Dr. Gerald McGowan, era un canadiense que hizo una tesis doctoral de prensa y poder en tiempos de la revolución de Ayutla, publicada por el Centro de Estudios Históricos.

VG: ¿Cómo llegó usted al AGN? ¿Llegó usted primero al AGN y después a El Colegio de México?

LT: Sí, cuando llegué a México estaba en otra área; me dedicaba a los archivos porque era mi segunda maestría. Entonces,

no tenía un doctorado en historia. Toda la gente que conocía estaba en AGN. En ese tiempo estaban el Dr. Jean Meyer, el Dr. David Brading, el Dr. Douglas Richmond, etcétera. Gente así visitaba el AGN, que entonces estaba en el Palacio de Comunicaciones de la Calle Tacuba. El Dr. Enrique Florescano (el esposo de la directora Alejandra Moreno Toscano) en ese tiempo era encargado del Castillo de Chapultepec.

VG: Usted llegó al AGN ya con un grado de maestro en biblioteconomía y archivística, ¿inmediatamente se puso a consultar papeles sobre la Revolución mexicana?

LT: Sí, básicamente llegué con una beca manejada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt); era un programa de intercambio estudiantil del gobierno mexicano. La idea era trabajar en algún lugar y ganar experiencia laboral, por ello, me enviaron al AGN, bajo la tutela de la doctora Stella María González Cicero, especialista en la historia colonial de Yucatán.

VG: ¿E investigó el ataque de los revolucionarios a los hacendados henequeneros?

LT: No [risas]. Yo escogí la Revolución porque me interesaba más,² también es más difícil hacer historia de la colonia [*sic*] por la documentación. Cursé dos semestres de paleografía con el Dr. Luis Muro, y me di cuenta que no era para mí. Hasta en el AGN tenían especialistas en lenguas indígenas para transcribirlas de una lengua a otra... era todo un mundo de conocimiento de la gramática indígena.

VG: ¿Y cómo aprendió usted español?

LT: En Manitoba, durante el cuarto o quinto año [de clases] empecé a estudiar español en el nivel de maestría, y después tuve que continuar, también en Conacyt, y por medio de viajes

² Resultado de su experiencia en el AGN y otros repositorios fue la publicación de Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, *Revolución mexicana: guía de archivos y bibliotecas. México-Estados Unidos*, (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987).

muy extensos en Sudamérica, América Central, México y el Caribe. Estudiar español es algo que resulta exigente y tarda años.

VG: ¿Le resultó complicada la gramática en español?

LT: Bueno, no solamente la gramática, debes tener una buena base en todo, [incluso] en literatura y gramática de tu propio idioma, tienes que tener muchas cosas, como el oído. Y la parte fonética del lenguaje es una habilidad de la que realmente carezco. Hay otros [historiadores anglosajones] que se inclinan más a lo lingüístico, como Paul Garner, de Inglaterra.

VG: ¿Y Garner y usted se hablaban en inglés o en español?

LT: Depende, en inglés diría. A Paul Garner lo conocí cuando él estaba haciendo su doctorado y yo estaba en el AGN. Ambos conocíamos a Brian Hamnett y fuimos todos a Acapulco.

VG: Paul Garner también entonces escribía una tesis doctoral sobre la revolución en la sierra de Oaxaca, la investigación que dió pie a su libro *La revolución en la provincia: soberanía estatal y caudillismo serrano en Oaxaca, 1910-1920* (Fondo de Cultura Económica, 1988).

LT: Sí, muy interesante. De hecho, Garner ocupa un cargo en una universidad en Inglaterra dando clases de español e historia, no es muy común que [los historiadores] impartan clases en ambas disciplinas. Ese tipo de contratación me resultaba lógica, porque su formación es en idiomas, su base era el español y luego se metió en el programa de doctorado, se pudo haber dedicado a estudiar historia de Inglaterra pero el español le ayudó a no tener dificultades al leer documentos [en español].

VG: ¿Se refiere a una formación más dirigida a los estudios latinoamericanos?

LT: Exacto.

VG: ¿Usted egresó de El Colegio de México [con el título de] doctor en historia de América Latina?

LT: Sí.

VG: ¿Cómo comenzó a estudiar la Revolución mexicana? ¿De niño o joven escuchó hablar de Pancho Villa?

LT: Sí, más o menos. De chico no pude leer mucho sobre el tema. La cuestión es que viviendo en Canadá no es exactamente fácil encontrar ese tipo de lecturas. Pero tuve suerte, cuando llegué a México no estaba en esta área [la investigación histórica], originalmente trabajaba en la biblioteca de El Colegio de México. En ese tiempo, al frente del Centro de Estudios Históricos estaba la Dra. Berta Ulloa. De hecho, ella fue quién facilitó mi entrada al doctorado. Era muy amable. Yo había conocido a la mayoría de profesores del centro por mi trabajo en AGN.

VG: ¿En qué año fue?

LT: Ingresé en 1983 y salí en marzo de 1990, mismo mes en que egresó el Dr. Manuel Ceballos, estudioso de la Iglesia católica que era de una generación anterior a la mía. A Ceballos lo conocí solamente hasta que asistía a El Colegio para presentar sus avances.

VG: ¿Y quién dirigió su tesis doctoral sobre extranjeros en la revolución mexicana?

LT: La Dra. Romana Falcón.³ El Dr. Javier Garciadiego era inicialmente uno de mis lectores y tenía una postura crítica frente a nuestros estudios, pero siempre le ofreció al proyecto muy buenas y constructivas críticas. Me dijo que las tesis deberían escribirse como una lucha contracorriente. Por lo regular, después de una revisión de tesis, los directores y lectores decían “debe agregarse esto o aquello”. Así, los capítulos comenzaban a ensancharse. Si originalmente había un capítulo de 20 páginas terminaba en 100 páginas. Era algo muy complicado y laborioso, pues entonces no teníamos computadora.

VG: ¿Qué clase de máquina de escribir usaba?

LT: Yo tenía un tipo de máquina de escribir manual. No era una máquina eléctrica. Me tardaba dos semanas en escribir

³ La tesis llevó por título: “La gran aventura en México: el papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910 a 1915”, Centro de Estudios Histórico, El Colegio de México, 1990. Los sinodales fueron el Dr. Lorenzo Meyer y Dr. Ricardo Pozas Horcasitas. En 1993, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes la publicó en dos volúmenes.

un borrador de cada capítulo. Trabajando diez horas diarias, hacía las correcciones y lo que podía. Hasta 1987 adquirí una computadora y fui comprándola en partes, pues el distribuidor no quiso vendérmela completa. No tenía disco duro, grababa las cosas en un disco drive y editaba otras en otro disco. Todo era muy primitivo. Podía grabar un capítulo en un *floppy disk* de 20,000 bytes, pero la tesis completa requería más de 100,000 bytes. Para compaginar todo tenías que pasar tres semanas en el centro de cómputo de El Colegio de México, uniendo el texto.

VG: ¿Y para secuenciar las notas al pie de página?

LT: Sí, ahora la computadora ahorra esa parte. Porque antes al darte cuenta que al capítulo le faltaba algo o uno de los números estaba mal, era terrible. Lo que sí noté es que los [historiadores] que tenían computadora personal en Canadá solían atender las correcciones de sus tesis de manera rápida, pero aun así, habría que invertir [tiempo y dinero] en ello, por ejemplo, con la impresora e impresiones de la tesis. Para imprimir un borrador (en las impresoras Dot Matrix) se tardaba todo un día y se calentaba, jera carísimo!

VG: ¿Dónde vivió en la Ciudad de México?

LT: En la Colonia Avante. Mi esposa estaba trabajando y me dedicaba al 100% a la tesis. Bueno, tenía una beca de la Secretaría de Relaciones Exteriores que me ayudó mucho. Por ahí del año de 1985 me la concedieron y pude renovarla por seis años. No me pagaban mucho, pero era algo. Al ser, sobre todo, un apoyo moral, era mi deber de avanzar en la tesis. [A mi entender] hay dos maneras distintas de escribir una tesis. Una es acumular datos, organizarlos y ponerte a escribir. [En cambio,] yo lo hacía diferente.

VG: ¿Tenía su propio sistema?

LT: Sí, escribía la tesis mientras investigaba. Entonces, algunos días [trabajaba] en cierto fondo documental y después tenía que llenar los huecos de información. A veces, no tenía idea de lo que iba a surgir, pero trabajaba continuamente.

Era muy laborioso y costoso. La tesis costó algo como 10,000 dólares; fue mucha inversión. Tuve que ir a los Archivos Nacionales en Washington por datos. La Dra. Falcón me lo pidió. Me dijo: “tienes datos de aquí, pero siempre es bueno tenerlos de otros lugares”. Por medio del Dr. Lorenzo Meyer conseguí una beca para una estancia en Washington.

VG: ¿Usted fue de los primeros historiadores en incorporar ese tipo de datos en una tesis doctoral sobre la Revolución mexicana?

LT: No. Garciadiego ya había hecho primero cuando estuvo en la Universidad de Chicago. Recuerdo haber platicado con él en ese tiempo, en la década de 1980. Era uno de los mejores historiadores de la Revolución, junto al Dr. Álvaro Matute. Un día, Garciadiego me dijo: “me metí a hacer un doctorado con [Friedrich] Katz”. Él tiene toda mi estima pues no dejé [de estudiar] la revolución. Volví a ella un poco en la década de 1990, pero no me concentré mucho. Ahora hay gente que es especialista.

VG: Si me permitiera una apreciación, el haber dejado la revolución mexicana ocurrió entre comillas, pues usted sigue conociendo el periodo, sin embargo, el estudio de la Revolución le condujo a estudiar un área en particular que es el norte de México.

LT: Sí, debo decir que hace poco tuvimos una reunión en El Colegio de México,⁴ acerca de los ochenta años y me invitaron a la [cuarta] mesa: “De lo nacional a lo global”. Yo no sabía de lo que se trataba, pero me preguntaron acerca de la tesis doctoral que hice sobre la frontera norte.

VG: ¿Considera que Winnipeg es una frontera?

LT: En un principio lo era. Era la frontera del noroeste, pero hubo dos revueltas ahí, de los indígenas y los mestizos.

⁴ El entrevistado se refiere al Coloquio por los 80 años del Centro de Estudios Históricos, celebrado de manera virtual del 29 de septiembre al 28 de octubre de 2021.

En ambos casos se quiso conservar un tipo de vida antiguo. Resulta interesante pues deseaban retornar a su estilo de vida anterior, pero el gobierno del este de Canadá no lo vio de esta manera. Quería abrir ese territorio a la colonización y por ello enviaron tropas; eran las guerras coloniales. La segunda guerra sí fue más fuerte. En 1885 enviaron una expedición, entonces Canadá enviaba tropas canadienses que eran propiedad de la Gran Bretaña. Los soldados tenían que marchar grandes distancias hasta llegar a Winnipeg, finalmente lo lograron en gran parte debido al ferrocarril, aunque aún no se había concluido el ferrocarril transcontinental. Sin esta línea de transportes no habrían reconquistado Manitoba. Las tropas vencieron a indígenas y mestizos, pues estaban desesperados, incluso estuvieron a punto de cancelar la operación, pero con un número superior de soldados lo lograron.

VG: ¿Esto lo aprendió en la maestría en historia?

LT: No, desde antes.

VG: ¿Desde *high school* [la preparatoria]?

LT: Sí.

VG: ¿Cuándo empezó a escribir historia de la revolución mexicana recordó esta historia de su país?

LT: Sí, me ayudó a pensar un poco porque hay algunas semejanzas. De hecho, hubo una propuesta de enviar a los mé-tis (mestizos) indios nativos a México, durante el Porfiriato, para fungir como una especie de policía auxiliar rural. Había unos nexos de Canadá con México, país que recibió inversiones canadienses en tranvías y energía eléctrica. En una reunión que tuvimos en la Universidad Autónoma Metropolitana donde también estuvo el doctor Marco Antonio Samaniego López, hablamos de lo semejante que es la historia de los pueblos indígenas de México, Estados Unidos y Canadá. Entonces dije que estábamos acostumbrados a ignorar estas semejanzas. La única diferencia es que en México la población indígena es mucho más numerosa y se encontraba concentrada en la parte sur

donde estuvo la colonización [novohispana]. Fuera de esto, el trato brutal a los indígenas fue muy parecido en los tres países. Aunque en Canadá y Estados Unidos trataron de diferenciar su trato hacia ellos, fue algo completamente ficticio. Hasta la fecha los pueblos indígenas siempre han sido gente marginada. Son circunstancias muy complejas de violencia.

VG: ¿Recuerda al Mtro. Héctor Mejorado encargado del archivo del IIH-UABC?

LT: Sí, claro. Héctor.

VG: Tiene una anécdota muy bonita de usted que suele decirle a los jóvenes estudiantes de la licenciatura en historia que comienzan a incursionar en esto del archivo. Dice Héctor que los muchachos en cuanto reciben el documento comienzan rápido a tomarle fotos y, al ver esto, suele decirles: “cuando el Dr. Lawrence recibe un expediente, se sienta y lo revisa durante horas, le da vueltas y lo analiza”. La anécdota me recuerda a lo que me contó de escribir la tesis doctoral conforme iba investigando. Creo que eso de revisar el documento en profundidad revela su capacidad de leer fuentes históricas. ¿Dónde aprendió esto? ¿En Winnipeg, en el AGN o en El Colegio de México?

LT: Fue en El Colegio de México donde aprendí a hacer bien las cosas. De hecho, tuvimos como profesor al Dr. Santiago Portillo, que es amigo del Dr. Garciadiego. De Portillo comencé a agarrar sus hábitos, como el que cada nota al pie de página fuese un pequeño párrafo. Esos son los hábitos que uno adquiere de las personas. También uno agarra malos hábitos [risas].

VG: Pero también supo adaptar sus trabajos históricos al modelo de citas de la American Psychological Association (APA).

LT: Sí, ahora las notas se citan dentro del texto. Creo que [la citación oficial] en El Colegio de la Frontera Norte es con APA, también en UABC. En la mayoría de universidades públicas se inclinan así, a los extensos pedazos de citas sacadas de textos o entrevistas. Creo que se ha tratado de reducir esta práctica, pero cuando la Dra. Catalina Velázquez Morales fue directora del IIH-UABC recuerdo haber leído borradores con citas de

media cuartilla o más. Ello se justificaba porque era historia oral. Esa era, pues, la entrevista, [los autores] habían hecho esa chamba. En la entrevista alguien está aportando una experiencia, entonces, lo metes. No totalmente, nada más un extracto. El problema es que si alguien de fuera está leyendo tu texto no necesariamente tiene el mismo interés que tú. Tal vez te encuentres a algún aficionado o fanático muy metido en lo que investigas, pero, por lo regular, el público se cansa.

VG: La característica es que todos sus trabajos son constantes y van directo al grano. Sin citas abusivas, todo se encuentra sintetizado. Hay en usted, vaya, un estilo de escritura. Me imagino que todos los textos que escribe reciben dictámenes aprobatorios debido a su manera sintética de escribir.

LT: Es algo muy común en la manera de trabajar de Estados Unidos: tienes que ser conciso, mientras menos palabras, mejor. En algunas revistas es mucho más restrictivo, creo que en *Frontera Norte*, revista de El Colegio de la Frontera Norte, son 25 cuartillas. Con todo incluido. Creo que es un poco restrictivo.

VG: Me parece ejemplar que se ciña a la regla, que se acote al periodo.

LT: Lo hago para evitar que [los editores de las revistas] corten o reduzcan mi artículo. Escribo conciso para evitarlo. Por ejemplo, hay publicaciones que aceptan como a ocho autores. En cambio, en otros casos, hay un límite de páginas para las reseñas y de no ceñirte, te devuelven [el manuscrito] para acortarlo.

VG: Usted comenzó a publicar desde antes que estás reglas se establecieran y ya desde entonces sintetizaba y no abusaba de las citas largas, creando así un relato coherente.

LT: Son malos hábitos que se adquieren porque cuando te diriges al público tienes que pensar que no estás en Ensenada o Tijuana; tienes que dirigirte a lectores de todo el país o extranjeros.

VG: Por algo se conoce bien su trabajo fuera de Baja California. Lo he visto en simposios de historia en Sonora, Chihuahua,

Baja California Sur; en San Diego, California; en la Ciudad de México; etcétera.

LT: Creo que esto proviene desde que estaba en la maestría en historia, en la Universidad Estatal de Manitoba. Cuando terminé la maestría hice un examen oral pues entonces no había exámenes escritos. Tuve que presentar dos tesinas. Escribí una sobre el papel de Winston Churchill en la intervención de los aliados y de la Gran Bretaña en Rusia durante la segunda guerra mundial. La otra tesina fue sobre Rusia durante el período medieval. Acerca del Concilio de Florencia en el siglo XV, que también tuvo que ver con Rusia, pues fue la última vez que se intentó reunir a la iglesia ortodoxa con la católica. Una de las críticas que recuerdo haber recibido cuando me concedieron el grado de maestro fue que yo debería especializarme en una sola época y una única región. Cuando llegué al doctorado a El Colegio de México también se estudiaban un montón de cosas. O lo que es lo mismo, [los profesores] procuraban que como estudiantes fuésemos un poco dispersos. Ellos querían que nosotros estudiáramos sus temas, sus épocas y sus regiones. Claro que no pudimos pues no era lo que nosotros queríamos. Para el segundo semestre ya se pudo especializarse en lo que uno quisiera.

VG: Pero, a pesar de dicha dispersión temática en su formación estudiantil, usted ha procurado trabajar una misma área geográfica en conjunto.

LT: En realidad, sí. Y ha sido mayormente sobre América del Norte. No tengo nada escrito sobre América del Sur. O sobre Asia.

VG: ¿Aunque están sus trabajos sobre los *coolies*? Pareciera que San Francisco, California, es centro de varios de sus intereses de investigación. Esa ciudad le permite moverse entre varios temas, chinos, agricultura, minería, etcétera.⁵

⁵ Nos referimos al artículo de Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “El contrabando de chinos en la frontera de las Californias durante el Porfiriato

LT: Bueno, lo de los chinos surgió porque detecté algo aquí en El Colegio de la Frontera Norte. Incluso leyendo la tesis del Dr. Jorge Bustamante encontré algo sobre los ilegales; entonces dije “aquí hay algo importante que estudiar”. En ese momento había poco escrito sobre los chinos ilegales en Estados Unidos. Antes que los mexicanos fueron considerados indocumentados primero fueron los chinos los del problema, además de ser mano de obra barata. A los chinos se les prohibía la entrada, incluso en Canadá, pero no a los mexicanos. Los mexicanos se volvieron un problema hasta tiempo después. A finales del siglo XIX no había mucha migración mexicana hasta tan al norte. En las minas estadounidenses se decía que los mexicanos iban a trabajar como rompehuelgas. La migración se convirtió en problema en sí mismo, por la mano de obra barata y eso disgustaba a las organizaciones laborales.

VG: ¿Por eso se hizo anarquista? ¿Al ver cómo el capital propicia tales cosas?

LT: Creo que este interés proviene más bien de estudiar a Ricardo Flores Magón. Antes de hacerlo, yo era más derechista y conservador. De hecho, mi tesis doctoral sí fue en el área de la historia militar. Entonces yo estaba un poco en la ideología derechista. Yo no era izquierdista, hasta la fecha no estoy en el sindicato de El Colegio de la Frontera Norte. Quizá sea simpaticizante. Pero...

VG: ¿La historia militar lo llevó a la historia de la aviación?

LT: Sí, tenía algo que ver porque fueron los inicios. Fue curioso que ahí viera una vertiente de investigación, pero era

(1876-1911)”, *Migraciones Internacionales*, 3(1), julio-diciembre de 2002, pp. 5-31, y “El contrabando de chinos a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos, 1882-1931”, *Frontera Norte*, vol. 6, núm. 11 (1994), pp. 41-57. Años después regresó al tema. Véase: “The Chinese Six Companies of San Francisco and the Smuggling of Chinese Immigrants across the U.S.-Mexico Border, 1882-1930”, *Journal of the Southwest*, núm. 1, vol. 48, primavera de 2006, pp. 37-61.

muy difícil.⁶ Había una o dos historias sobre historia militar de la aviación, publicadas en México, pero eran escritas por aficionados del tema. Era muy interesante, por ejemplo, lo que se ha comentado en uno y otro texto de Gustavo Salinas Camiña, cuñado de Venustiano Carranza, acerca de la primera batalla aeronaval en Topolobampo. Qué aparecen en un montón de textos, eventualmente tuvimos que demostrar que no fue cierto. Pero Gustavo, sin embargo, merece todo su papel en la historia de la aviación, junto a su primo Alberto Salinas. Conoció a uno de sus hijos en Saltillo.

VG: ¿Alguna vez tomó clases de aviación?

LT: No. A mediados de la década de 1960 estuve como cadete de aviación. Siempre cuento esta historia. En la secundaria vi esta película británica que se llama *633 Squadron* (1964) y me metí en los cadetes de la aviación con algunos compañeros, estuve ahí un par de años.

VG: ¿Le soltaron algún avión o voló como copiloto?

LT: No, la idea era crear un tipo de reserva y tener posibles oficiales, de ahí salió por lo menos un oficial, de mi escuadrón (Número 191) de cadetes y aspirantes, solamente uno hizo carrera ahí. Pero en ese tiempo llevaba lentes y ello te descalificaba: “no puedes ser piloto”. El motivo era que si perdías tus lentes no podrías ver el tablero o los controles, te tachaban por motivos de seguridad pero podrías ser mecánico. Nos llevaban en esos aviones británicos de transporte Dakota, de los que ves en las películas de la segunda guerra mundial; todavía los usaban; tenían una fila de veinte asientos de un lado, veinte del otro. Una vez en el aire, todos los movimientos los sentías. Eran pequeños aviones de transporte. Había otro modelo más

⁶ Bajo esta línea de investigación publicó “Los orígenes de la fuerza aérea mexicana, 1913-1915”, *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. 56, julio-septiembre de 2006, pp. 175-230 y, posteriormente, “El vuelo transfronterizo de Charles K. Hamilton a Tijuana en 1910”, *Meyibó*, núm. 4, julio-diciembre de 2011, pp. 74-103.

grande, el Yukón. También las ametralladoras que ves en las películas (las ametralladoras de mano, las llamadas STEN), eran muy baratas de fabricar.

VG: ¿Entonces como cadete tuvo acceso a ciertas armas de fuego?

LT: Sí, en prácticas de tiro, de calibre .303 y .22. Esa fue mi limitada experiencia militar, porque recuerdo que la Dra. Alicia Hernández Chávez, profesora del Centro de Estudios Históricos, decía: “incluso Francisco I. Madero tenía experiencia militar”.

Entrevista realizada el lunes 6 de diciembre de 2021.

Breve lista de los artículos de investigación predilectos del Dr. Lawrence Taylor:

Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “Voluntarios extranjeros en los ejércitos liberales mexicanos, 1854-1867”, *Historia Mexicana*, núm. 2, vol. 37, octubre-diciembre de 1987, pp. 205-237.

Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “Gunboat diplomacy’s last fling in the New World: the British seizure of San Quintin, April 1911”, *The Americas*, núm. 4, vol. 52, abril de 1996, pp. 521-543.

Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “Ataques filibusteros en contra de México y Canadá durante el siglo XIX: un estudio comparativo”, *Secuencia*, núm. 37, septiembre-diciembre de 1997, pp. 57-78.

Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “El intento estadounidense de apoderarse de Canadá durante la administración del presidente Polk, 1845-1849”, *Secuencia*, núm. 33, septiembre-diciembre de 1995, pp. 27-46.

Lawrence Douglas TAYLOR HANSEN, “El viaje de exploración de John Ross Browne a Baja California en 1867”, *Secuencia*, núm. 53, mayo-agosto de 2002, pp. 49-77.